AÑO XX Nº 938

EL DIA

MONTEVIDEO, ENERO 7 DE 1951



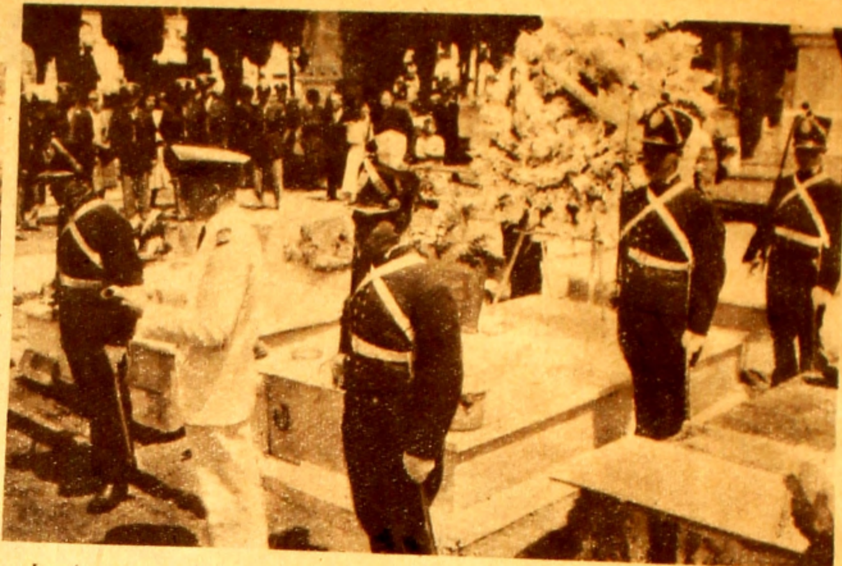
ESCUELA MILITAR DE AERONAUTICA.
(Fotografía Juan Caruso)

Acto de fin de clausura de cursos de la Escuela Militar de Aeronáutica, de 1950, en el aeródromo militar, y de inauguración del monumento al General Artigas, emplazado en la plaza de armas del instituto.

INFORMACION MILITAR



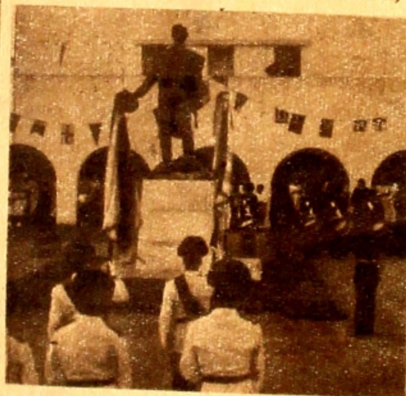
Parte de las delegaciones militares que asistieron a la ceremonia, en el Buceo.



Las fuerzas armadas colocaron una placa sobre la tumba del Coronel José María Artigas, custodiada por una guardia de honor de Blandengues.



El abanderado de la Escuela Militar, flanqueado por los de la Escuela Naval y Escuela de Aeronáutica, con sus respectivas escoltas, en el acto de fin de curso realizado en la Escuela Militar.



Momento en que se descubre el monumento a Artigas, obra del escultor Amauri Bentos Pereira, en el Aeródromo Militar.



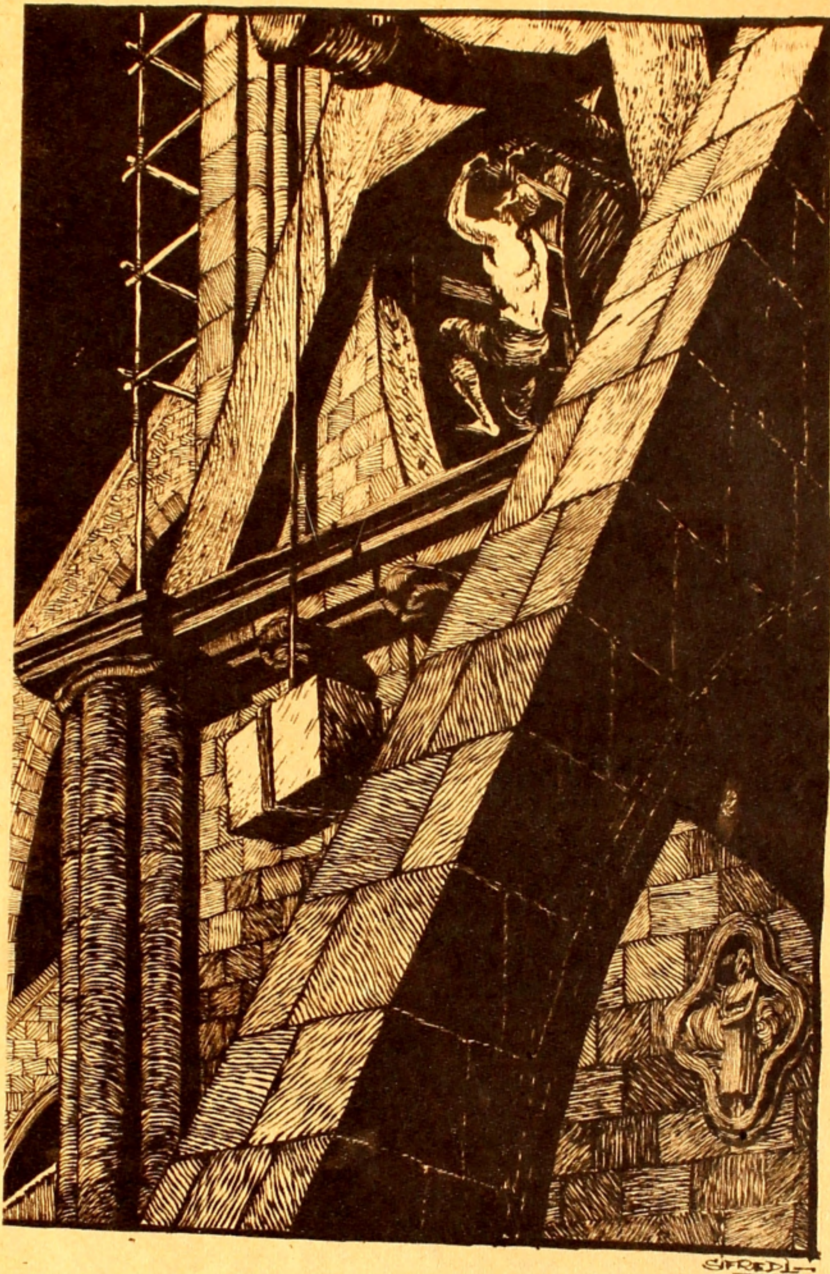
Los alumnos de la Escuela Militar de Aeronáutica en el acto de clausura de los cursos de 1950, formados frente al monumento a Artigas.



Pase de una de las Secciones frente al Palco Oficial, en el acto de fin de curso en la Escuela Militar.

ESTRASBURGO

DIBUJO DE SIFREDI



El afán político nos llevó a la ciudad alsaciana de Estrasburgo, integrando la delegación española al IV Congreso del Movimiento Socialista por los Estados Unidos de Europa. Mi primera visita, junto con mis compañeros Alvariño, Velasco y Prieto, fué a la catedral. Lentamente subimos los trescientos treinta escalones, midiendo paso a paso los ciento cuarenta y dos metros de la aguja de piedra. Desde el último tramo contemplamos, entre brumas difuminadas, a las cuatro saetas de los vientos, un horizonte verde somnoliento, cortado en primer término por los canales, y del lado de la tierra alemana, el Rin de la leyenda sangrienta, de las disputas seculares, de los antagonismos no superados. Al fondo, la Selva Negra anuncia un misterio romántico que fecunda aun al pueblo alemán.

Cada piedra tiene su sabor de leyenda. Las inscripciones son recuerdo de nombres que quieren eternizarse con la misma piedra. Pero no son los nombres los que hablan sino las piedras. Hablan e interrogan. ¿Cómo la piedra labrada puede expresar tantas cosas indecibles? Pasmo de los siglos la tarea de los picapedreros y cinceladores de esta piedra rosada que asciende hacia el azul ahumado de la tierra alsaciana; maravilla del genio planificando basamentos y superando planos para la sólida conquista del aire. Los relieves de la catedral de Estrasburgo rebasan todo cálculo de catalogación espiritual. Tanto como que el espíritu se ha hecho verbo lírico de sonora realidad, podemos afirmar que aquí la piedra se ha hecho espíritu a fuerza de exprimirla con alma de hierro. ¿Petrificación del espíritu? ¿Por qué no? ¿Acaso el arte no es captar para siempre en forma invariable el aliento cósmico de las cosas? De ahí su eternidad. La vida fluye y el arte queda, y para percibir el eterno fluir de la vida hemos de auscultar el mensaje mudo de estas piedras que eternas quedaron acariciadas por las manos del artista. ¿Espiritualización de la piedra? Indudablemente, pues al arte es eso también, dar impulso de ala a las cosas inertes, aunque mejor sería decir, hacer desplegar en las cosas las alas que plegadas llevan desde el arcano de su origen.

Y para que estas piedras rosadas que dormidas estaban en su cantera, pudieran desplegar sus alas, fué preciso devorar tiempo, y tiempo, y tiempo. Los siglos pasaron en la rueda de las cuentas siderales, y la piedra se iba tallando, puliendo, ensamblando, ascendiendo, con una lentitud milagrosa de indiferencia al mismo tiempo que pasaba, pareciendo insensible a la misma belleza que creaba. Devorando la misma vida, incluso la imagen de la vida que los artistas sentían pulsar en sus manos toscas devoradoras de piedras. ¡Oh portento de lo anónimo en la obra recreadora del arte! El tiempo se lo tragó todo, hombres y nombres. Aparecen, sí, símbolos, imágenes devotas, inscripciones evocando obispos y papas, emperadores, reyes y burgomaestres, arquitectos con fiebre de supervivencia, pero, ¿fueron ellos, sólo ellos, los realizadores del milagro espiritualizador de la piedra, que desde la base rectangular asciende hasta los 142 metros, convirtiéndose en una aguja sutil que sorbe la luz de las estrellas?

En la última plataforma de la torre se conserva aun el torno de madera, en cuyo interior, los esclavos le daban impulso rotario en un caminar sin hacer camino, caminar de profundidades, para subir las moles de granito. Aquellas manos y pies esclavos agarrándose a los salientes internos del torno, eran pies y manos de artesanía y arte. Sin ellos, las piedras labradas, convertidas en ensueño por la artesasía y arte de arquitectos y escultores, no hubieran conquistado el azul ni hubieran alcanzado el símbolo ascendente de las agujas. Pies y manos callosas de esclavos rodando siempre entre sombras dormidas, arrulladas por el chirriar de los ejes; manos y pies callosos para la fragua de piedras aladas. Nadie canta vuestra misión sometida, vuestro ritmo sometido, vuestro cansancio sin fin ni despertar de aurora, encerrados siempre entre nieblas de naves petrificadas. Bajo las cúpulas que el gótico ahuecaba, vibra un eco prolongado de gemidos que proviene de vuestro cansancio sin descanso, de vuestro insomnio jadeante, de vuestro suspiro sofocado. La conquista del aire realizada por el estilo gótico, cúpulas de gravitación matemática e impresionante, son el impulso anónimo que movía a aquellos pies y manos en una rotación sin fin, concordante con la rotación de los astros.

Más que la concepción arquitectónica, lo que asombra es la persistencia en el deseo constructivo. El medioeval templo de madera fué transformándose, hasta que la piedra sustituyó al árbol. Lo pagano primitivo fué sirviendo de base a lo pagano cristianizado; las catacumbas se convierten en naves, los rosetones y ojivas dan paso a una luz tenue, policromada, que anuncia el Renacimiento, con la resurrección de la forma sensual. Nuevas convulsiones históricas, nuevos motivos, nuevas tendencias neoclásicas, y la piedra sigue superponiéndose, alcanzando nuevas gradas, por encima de las 330 que marca el itinerario. Y no obstante las múltiples influencias, la catedral es una síntesis definitiva del tiempo que la inició y el tiempo que la dejó inconclusa, incluso del tiempo bárbaro que la amputó una de las agujas. El trabajo y el arte han vencido al tiempo, y éste, de entidad metafísica, se ha convertido en realidad tangible por la que el hombre se eterniza en su obra.

No pude evitar el impulso que me inclinó a escribir en el libro registro de visitas unas palabras, que dicen: "Asistentes a un Congreso Socialista, nuestra primera visita ha sido a la Catedral, cuyo portento nos reconcilia con el impulso creador del hombre". Y mi amigo Alvariño, saliendo por los fueros de su especialidad económico-social, agregó: "Hijo de unas condiciones económico-sociales determinadas en cada época".

Y yo me sigo preguntando: esta maravilla de piedra metafísica, ¿es producto sólo de unas condiciones económicas y sociales que condicionan la voluntad creadora del hombre? ¿No hay aquí algo más? Yo creo que sí. Aquí hay algo más que sociología y algo más que religión. Estas piedras rosadas de la catedral de Estrasburgo, que el hombre ha elaborado pacientemente durante siglos, son expresión del HOMBRE mismo, creador y transformador de religiones y sociologías. Aquí hay algo más que teoría y sentimiento, aquí se conjugan teoría y sentimiento para obedecer, disciplinadamente, a la voluntad insaciable del HOMBRE. El HOMBRE quiere afirmarse más allá de las limitaciones religiosas y los condicionadores económico-sociales. Y se afirma por su voluntad creadora, más allá también del tiempo que lo limita a su vez y del espacio, que en su grandiosidad parece agotar toda eternidad de obra temporal.

✦

Pero Estrasburgo es también algo más que su Catedral, aunque sea ella el guión rectilíneo de un paisaje histórico en el que se concentran todas las inquietudes de Europa. En esta ciudad de tránsito, encrucijada de pueblos, flujo y reflujo de culturas, cara y cruz de las empresas bélicas y envidias imperialistas, se ha concentrado un nuevo espíritu reconstructivo, tan lento como el de la fábrica de su templo, equivalente, en la arquitectura política del espíritu europeo, a lo que el gótico fué para la estructura de la piedra labrada.

Se trata de dar unidad política al mosaico nacional del Viejo Mundo. Unido lo estuvo ya en la Edad Media, bajo el signo del imperio universal, pero entonces el universo mundo era un contorno de tierra limitado por la Estepa rusa, el Mediterráneo, el Atlántico y el Báltico, cuyo centro lo constituía el núcleo germánico. Y fué aquí mismo, en esta región fronteriza del Rin, donde los germanos y francos se arremolinan como una realidad bifronte, donde Carlomagno dividió la unidad del Sacro Imperio, dando en herencia reinos que formaron nuevas fronteras, indispensables para el advenimiento renacentista del hombre como valor político y de los pueblos como entidades nacionales. El hombre, entidad religiosa (señor o siervo), se convirtió en entidad política en el transcurso de un arco histórico que va desde el Renacimiento a la Enciclopedia, y los pueblos se convirtieron en realidades nacionales históricas, en la gran pugna por la conquista del mundo, desde las Cruzadas hasta la conquista del Nuevo Mundo y las luchas imperialistas de nuestros días.

Pero si la dispersión del espíritu europeo fué necesaria para la gran articulación de ideas y empresas (por algo Europa es el continente de las grandes articulaciones geográficas, como lo fué Grecia respecto de Europa), esa misma dispersión es hoy el signo decadente de su impotencia. El europeo es, indudablemente, el tipo de hombre de más elevado índice de productividad y dinamismo vital, pero le asfixia el recinto de su geografía política. A la inversa de la Edad Media. Entonces el europeo padecía del mal de horizontes ilimitados. La religión le hacía ascender hacia lo sublime ideal, lo político le extendía hacia una vastedad imperial sin contenido de tierra, y el europeo necesitaba poner límite a su religión (lo católico se hizo protestantismo) y a su política (el imperio se hizo nación), y paulatinamente, desmenuzada la unidad de origen con el feudalismo, vino una reelaboración de instituciones a la inversa, de auténtica elaboración orgánica: los feudos se convirtieron en reinos, éstos en imperios, y entre éstos continúa la pugna, cuyo final será, o la integración de una Europa federada o quedará convertida en un continente controlado por fuerzas externas y ajenas a su espíritu. Lo está ya, económicamente bajo el Plan Marshall, espiritualmente bajo el bolcheviquismo estepario.

Unos cuantos hombres de diferentes ideologías, afines en el ideal de llegar a la reconstrucción de Europa como federación política y como entidad espiritual y económica, se han reunido en Estrasburgo bajo el signo de una inquietud y una preocupación: Europa puede y debe continuar viviendo, pero no puede ni debe vivir sino borrando fronteras artificiosas, enterrando antagonismos locales que resultan moralmente absurdos ante el gran dilema de nuestro tiempo, equipándose europeamente para la federación económica, para la investigación científica, para la recreación literaria y artística, para la común defensa. O esto, o perecer.

Por exceso de idealidad, el cristiano primitivo decía: "mi patria no es de este mundo". El europeo de hoy, por exceso de realidad, observa que su patria ya no puede limitarse al contorno de su tierra nativa. Es cuestión de minutos atravesar dos o tres fronteras. Ya no son las ideas las que se le escapan, es la misma tierra que se desvanece bajo sus pies, y en pocos minutos tiene que decir buenos días en dos o tres lenguas diferentes. ¿Qué mayor absurdo que empeñarse en mantener una estructura política, que pugna ya con las necesidades económicas, políticas y culturales de los individuos y de las naciones que integran la vieja Europa? Se impone hallar de nuevo la unidad, no para volver a la Edad Media, como lo indica Berdayef, sino para avanzar hacia la unidad del mundo.

✦

Descendimos. Ya en la plaza, volvimos a clavar nuestra mirada hacia las brumas que envuelven la aguja de piedra rosada. Ella sería, con su gemela derribada por el furor bélico, una oración de dos manos implorando a las alturas paz a los hombres de buena voluntad. Hoy, huérfana, la aguja enhiesta ha perdido su parte de súplica y es una mano de piedra lírica que en la encrucijada de los pueblos, indica a Europa el deber ineludible de la unidad o la fatalidad de la muerte.

F. FERRANDIZ ALBORZ.

Estrasburgo, 1950.

(Especial para EL DIA).

DICTIONNAIRE RAISONNÉ

DES SCIENCES,

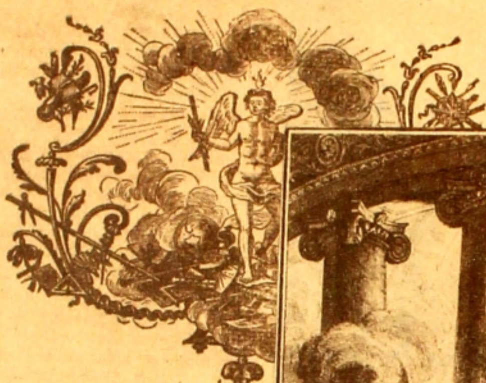
DES ARTS ET DES MÉTIERS,

PAR UNE SOCIETÉ DE GENS DE LETTRES.

Mis en ordre & publié par M. *DIDEROT*, de l'Académie Royale des Sciences & des Belles-Lettres de Prusse; & quant à la PARTIE MATHEMATIQUE, par M. *D'ALEMBERT*, de l'Académie Royale des Sciences de Paris, de celle de Prusse, & de la Société Royale de Londres.

Tantùm series juncturaque pollet,
Tantùm de medio sumptis accedit honoris! HORAT.

TOME PREMIER.



A PAR

Chez { BRIASSON, *rue Saint Jacques, à*
DAVID l'aîné, *rue Saint Jacques, à la*
LE BRETON, Imprimeur ordinair
DURAND, *rue Saint Jacques, à Sain*

M. DCC.

AVEC APPROBATION ET

Reproducción de la carátula del primer tomo de la Enciclopedia de las Ciencias, las artes y los oficios, impresa en 1751.

EL ESPIRITU DE LA ENCICLOPEDIA



El Frontispicio de la Enciclopedia diezciochesca. (Biblioteca de EL DIA).

LA gran enciclopedia, precursor luminoso de la Revolución Francesa, o para decirlo con sus títulos, "La Enciclopedia o Diccionario Razonado de las Ciencias, de las Artes y de los Oficios", cumple ahora su segundo centenario. En la última página del primer tomo, y que se conserva en la biblioteca de EL DIA, declara orgullosamente que ha salido de la imprenta de Le Breton, impresor titular del Rey, y en el año 1751.

La Enciclopedia por excelencia, la de Diderot, y la de D'Alambert, y la inspirada por Rosseau y por Voltaire y esperada por los "enciclopedistas", lleva ya 200 años en su función de maestra de todas las demás. Fué hija de un momento admirable del espíritu humano en que todas las curiosidades y todos los temas se reunían en la mente para dar lugar a la llama compleja de la cultura. Sus continuadoras, han tenido su razón de existir en la necesidad de orientar, en cualquier punto del saber, a los millones de analfabetos que ignoramos todo lo del mundo menos un punto concreto en el cual el trabajo y la educación nos han especializado.

Cuando la Enciclopedia surgió, los filósofos se complacían en salir al campo a descubrir la naturaleza, y coleccionar, y clasificar, hojas y mariposas. Ese material que parece tan ingenuo, provocaba en los salones un rosario de preocupaciones por el origen de las plantas, el origen del hombre, el porvenir de la vida, y los fueros de la libertad. Las habitaciones donde eso se estudiaba tenían los balcones largos, y vidrios distribuidos en muchos cuadraditos; los pianos eran todavía dorados; las casacas multicolores. Las fiestas parecían una función de iglesia, con miles de velas encendidas ahumando los techos pintados; las muchachas enseñaban sólo la punta de los pies al bailar al compás de un minué, y los grandes escotes brillaban tenue y rosadamente a la luz de las arañas de cristal de Bohemia que, todavía no han desaparecido, aunque sean toscas imitaciones, en nuestros salones y ambientes distinguidos.

La Enciclopedia que abarca tantos temas y que había de tener tan extraordinaria influencia en el relámpago político de la Revolución Francesa, había surgido "con aprobación y privilegio del Rey". Estaba dirigida a "una sociedad de gentes de letras". Sus autores, se declaraban humildemente como quienes la habían "puesto en orden". Y en la parte matemática, se presentaba la colaboración de D'Alambert, como ayudado por la Academia Real de Ciencias de París, de la de Prusia y de la Sociedad Real de Londres.

La Enciclopedia, haciendo honor a su título, se preocupaba por todos los problemas y todos los temas; resumía todos los conocimientos humanos de la época, y trataba de sintetizarlos en la conciencia del momento. Esto es lo que a la vez de quitarles el mérito de la perpetuidad —a nadie se le ocurriría ahora ir a consultar un tema vivo, antiguo o moderno, la enciclopedia dieciochesca— tiene, en cambio, el encanto de presentar los conocimientos desde la conciencia de su tiempo.

La universalidad de la Enciclopedia francesa, es para el hombre moderno algo más que una luz de sabiduría. Es, fundamentalmente, una luz para la libertad de la curiosidad humana y la necesidad de ser integrales en nuestros conocimientos por encima de una especialidad.

La parte gráfica de la Enciclopedia es tan expresiva, que ni siquiera es necesario profundizar ampliamente en sus magníficos artículos de pulcrísima literatura y estilo. Basta con mirar algunos grabados para comprender la importancia que sus autores le dieron.

La Enciclopedia tiene un "frontispicio" que es la mejor sipnosis que podía llegar a nosotros de su concepción de la clasificación de las ciencias o las curiosidades humanas. Donde decimos curiosidad, sabemos que aludimos a la eterna angustia del hombre por el conocimiento.

En el centro del recuadro, aparece la verdad, figura central del drama de la cultura, a la derecha de la cual (vista desde el lector), la razón se ocupa de levantar el velo, y la filosofía de "arrancarlo". Así dice el texto original.

A los pies de la verdad, la teología, arrodillada, recibe la luz de las alturas. Parecería que ocupa un puesto realmente secundario respecto de la razón y de la filosofía; pero debe ser sugestión nuestra de liberales modernos, porque la obra, no hay que olvidarse, ha sido impresa "con licencia del Rey" y por consiguiente del Pontífice.

Las figuras, (siempre a la derecha del lector), siguen descendiendo encadenadas por la admirable estética del siglo, y en ellas se ve el homenaje a la memoria, la historia antigua y la historia moderna —moderna aunque no llega más que hasta Luis XV— y la historia escrita de los hechos a los que el tiempo sirve de apoyo.

En seguida —en el centro— se distinguen por sus símbolos las figuras de la geometría (siempre euclidiana), la astrología y la física; y abajo de todo se distingue: la óptica, con su microscopio primitivo; la botánica; la química con una retorta; y la agricultura, con el arado.

Toda la parte de abajo del cuadro está ocupada por las artes y profesiones diversas que emanan de las ciencias. Aquí es en donde los hombres de ahora se han perdido en infinitas especialidades sin ver la grandeza del conjunto...

Pero el conjunto está aún sin analizar. Para terminar de comprenderlo hay que subir, otra vez, hasta donde dejamos la verdad entre resplandores, para descubrir a su izquierda, (izquierda del lector), la figura admirable y noble de la imaginación dispuesta siempre a embellecer y a coronar de flores la verdad. Es la misión de los artistas y los soñadores sin los cuales la verdad escueta sería casi insoportable.

Debajo de la imaginación el autor situó a sus distinguidas aliadas: la poesía épica, dramática, satírica y pastoril; y al lado de ellas, las "artes de imitación": la música, la pintura, la escultura con sus utensilios, y la arquitectura con sus planos.

✦

A esta altura del tiempo, el frontis de la Enciclopedia dieciochesca se nos antoja tan importante como la Enciclopedia entera. Contemplándola se aprecia la infinita pequeñez de nuestro punto de trabajo frente a todo lo que podíamos saber y que sin embargo ignoramos. Al mismo tiempo, este dibujo, admirable de lógica y de armonía, nos señala muy bien hasta qué punto conservamos vivo el ideal de la libertad para añorar todo el saber. Es la libertad y la luz que llega hasta nosotros desde ese templo pagano con capiteles jónicos, en donde habita la verdad por encima de la teología, simbolizada en esa página admirable y para siempre, "con licencia del Rey". Ahora sabemos también que sin su licencia hubiera sido lo mismo.

Rodolfo OBREGON

MADRID, ciudad de letras

MADRID ha sido siempre una ciudad de las letras. Como en todas las grandes capitales y más aún en esta villa de antiguos prestigios, los escritores y los poetas procedentes de las provincias o de los pueblos ilustres, llegaron en un día para buscar el triunfo o el ambiente. El madrileñismo de Quevedo, en el siglo de oro, y més tarde el de Fígaro, salen más pronto a la universalidad que les aguarda por la importancia ecuménica de sus motivos, por la sonrisa de contar, a veces sarcástica en don Francisco y por la fuerza de un desencanto mundonovista que es en Larra la marca de su carácter y de sus vuelos de crítica costumbrista y social.

Pero en todo tiempo, los ingenios què llegan a Madrid, se bañan de un aire propicio. Cervantes, a pdueba de sus contraniedades, conforma en Madrid a varios de los personajes de sus novelas o imprime los últimos toques a las criaturas que saldrán de sus libros, para circular por los caminos del mundo.

En las entradas del antiguo Madrid, en la Calle de Cervantes, se levanta sobre sus viejos cimientos la casa en donde vivió y murió el autor de Don Quijote y las Novelas Ejemplares. Un poco más arriba de la morada de Lope de Vega, su glorioso contemporáneo, convertida ahora en un pequeño museo que se agracia con todos los valores de la reconstrucción: desde la biblioteca en donde se ordenan todos los pergaminos que pertenecieron al animador de los ochocientos dramas y el millar de sonetos, hasta la alcoba de sus dramáticos sueños y el huerto interior que mira hacia la puerta por donde fugara su hija preferida, y desde la inscripción latina, brotada de su filosófico concepto de la vida, "más vale la paz en la casa pequeña que la grandeza en la que no es propia", hasta el comedor de frugales recursos.

Y por allí mismo, en la Calle de las Trinitarias, resguardado por un muro secular que rejuvenece por épocas el golpe de los picapedreros, está el Convento en donde reposan las cenizas de Cervantes, cuya estatua flaca, aparte de la que se arrima en la esbelta columna de la Plza de España, preside en la de las Cortes, en un breve parque umbroso de árboles ancianos, entre los que teje grandes encajes la nieve de diciembre.

Hasta una vecindad física unía a estos ingenios del siglo de oro: Cervantes, Lope, Quevedo. Se rozarían sus obras destinadas a la pervivencia de las centurias y marcharían, por eso, en contrapunto de estímulos, los libros y los poemas, la esperanza y el sufrimiento. Frente al Laurel de Apolo de Lope de Vega, el Vjaje al Parnaso de Cervantes y toda la lira de Quevedo, de tan numeroso cordaje como para que los compiladores de su obra acudiesen al recurso de bautizar a sus libros poéticos con todos y cada uno de los nombres de la musa del monte cuyo ascenso se tenía entonces por difícil o predestinado.

A la vuelta de la casa de Cervantes está la de Francisco Quevedo y Villegas y éstos, como Lope, sobreviven al sueño de las calaveras que es sólo una desintegración de calcio para la mayoría de los mortales.

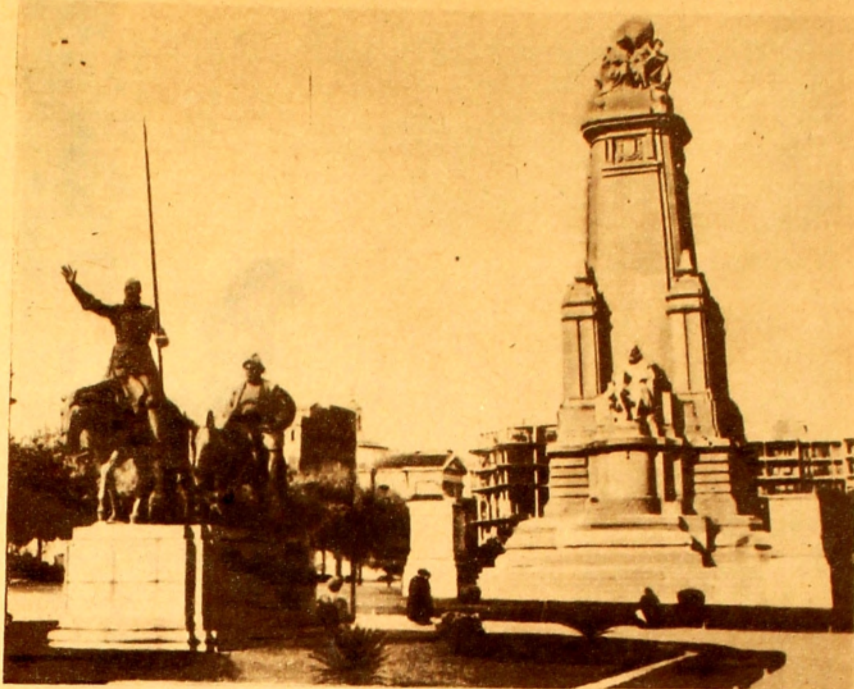
Querrían el iconoclasta o el hombre del busto intranquilo que desaparecieran los signos de la gloria terrena que se levantan en los parques y se bañan, en lienzos o esculturas, de la luz de los museos. Pero no todos los nombres han de escribirse solamente en el orgullo de Mausolo que es el reconocimiento parcial de la familia. Las cabezas de los escritores y de los artistas seguirán resistiendo a los vientos diversos de las estaciones. Así están en Madrid Calderón, Tirso, Castelar en su oratorio ademán; Pérez Galdós y Campoamor. Y doña Emilia Pardo Bazán. Y Mesonero Romanos. Y Goya. Y Velásquez. Y Murillo. . .

Don Jacinto Benavente no ha querido que se levantara su estatua en la plaza de su nombre. Esa es la evasión natural del cenotafio o de la fijeza del mármol. Porque Benavente, octogenario menudo y tímido que asiste en estos días a la resurrección de su comedia de mil novecientos, *Lo Cursi*, tejida con el argumento de los resortes deleznables de la vanidad, y que estrena su comedia del medio siglo, *Su Amante Esposa*, en donde una irónica modernidad roza sin lastimadura los acartonados principios de la ética, suspirando sin remedio por el lomo del código relativo, lleva con decoro el rédito de su gloria, su Premio Nobel y su soledad sin acusadas aristas de lucha.

Los anecdotistas contemporáneos refieren que Benavente suele pasear por la calle de Cervantes, acariciando con las yemas sensibles de la diestra que manejó la pluma de *La Noche del Sábado* y *Los Intereses Creados*, las piedras fundamentales que son las únicas que quedan de la vieja casa en donde acabó sus días el Manco de Lepanto. Así Benavente recapitula y se prepara para el viaje, mientras los jardineros de casaca aplican la podadera a los decorativos arrayanes del parque de su nombre en donde no ha permitido que se levantaran, todavía, los perfiles de su enteca figura.

Asimismo Azorín, cuyo estilo directo se vierte en los últimos artículos que se abren o se cierran en breves paréntesis, y el que según el duende del reportaje de Camilo José Cela, ya se ha despedido de los libros propios, para refugiarse en la eternidad de los clásicos, como integrándose a tal cohorte que pudo encontrar otros dignos de sus filas entre los escritores de la llamada generación del 98.

Azorín hace una vida dulce y silenciosa. No vive en las calles, tal como lo quería Juan Ramón que es un poeta de su gusto. Parece ignorar a sus biografistas presentes y su hermético tono se acoraza sin desdén contra las encuestas y los correos de la publicidad. Y, sin embargo, y precisamente por eso, le buscan el artículo y la gacetilla, el elogio y el comentario acerca de cómo debiera calificarse al retraimiento de quien poniéndose al margen de los clásicos, logra llegar al propio recinto de aquéllos, porque los suyos no son ni la torre de marfil, ni tampoco, enteramente, el atalaya de los panoramas; ni sólo la lámpara de lectura que resiste con una flexible luz a todas las restricciones de la física y del tiempo.



La Plaza España y el monumento a Cervantes.

Azorín no sonríe. Azorín frecuenta el cine. Azorín comenta las películas de cuyos argumentos sabe extraer tácitas meditaciones que casi no parecen profundas en fuerza de la levedad de su palabra. Azorín vive detrás de Cortes, en la Calle de Zorilla, el poeta del Tenorio. Azorín camina sin prisa, después de las tres de la tarde, por la calle de San Jerónimo o por las inmediaciones de la Puerta del Sol. . .

En la historiada Puerta del Sol ya no duran las convocatorias de otro tiempo. El crecimiento millonario de la población y los vientos nuevos ya no permiten que en los altos de tal circunferencia céntrica, acudamos a la cita con los amigos próximos o distantes. Todavía, con algo del ambiente del siglo pasado, el clásico Hotel París resiste a la trepidación de las inyecciones de cemento y aguarda le devuelvan su antigua fuente monumental que fué una de las señales mayores de la villa y reinado. El ascensor, con la fatiga de sus cuerdas, se detiene en el piso aquel en donde se alojó Montalvo durante sus sesenta días de permanencia en Madrid. Allí se ha colocado una breve lápida, expresiva en su laconismo, acerca de la estancia del autor de los Capítulos que se le olvidaron a Cervantes.

La Puerta del Sol abriga todavía al Café de Levante, cuyos espejos opacos duplican el paisaje del auditorio que acude a las veladas que organiza Giménez Caballero sobre el tablado al que ascienden los hispanoamericanos para hablar de las gestas de Bolívar, de la vigencia de Darío, de las desazones iluminadas de Martí, de la melena de Gómez Carrillo o de los venables castizos de Blanco Fombona.

Mas los típicos cafés literarios de Madrid —y esta es la opinión de los propios— han desaparecido o se han desdibujado. Sin embargo es posible asistir a la charla dilatada que se anima en torno a la brevedad de un soneto o seguir el rumbo de cortaua Academia a propósito de los poetas que ya son académicos por añadidura y que no quieren "promiscuar", asumiendo el papel de críticos o el palique que se desenvuelve en torno a la propuesta de si a los poetas de esta hora les corresponde el don profético del vate o sólo la más escueta y humana verdad de testigos de sus días. . .

Del Café de Pombo queda muy poco. Apenas un recuerdo de la cripta en donde oficiaba Gómez de la Serna, la mesa rectangular para las mil y una noches de la cena y los apuntes de Solana. Mas bien otras luces, pintorescamente errabundas, clarean en las Cuevas de Luis Candelas en donde al lado de la barba nazarena de un pintor que trata de la nueva alquimia de los colores, retoña la sonrisa lampiña del escritor de los propósitos radiodifundidos y el libro inédito.

No hay para qué buscar aquí la frondosa cabellera de los existencialistas y hasta el poeta de la angustia sujeta su canto a una cordura de oros madurados, sin que vaya en pos de las imágenes de Otoño.

La preferencia por una poesía directa está señalando como un retorno a los clásicos, a los que a veces se glosa o se parafrasea. Todavía hay algunos que demoran, con diversa fortuna, cerca de los predios de don Luis de Góngora y si la influencia de Neruda resuena en algún libro de los veinte y tantos poemas de amor junto a la sola canción desesperada, el monje segoviano de la incomparable noche oscura del alma, San Juan de la Cruz, eleva su perfil de divinales transportes en los versos a medianoche que se leen y comentan en el Café Varela para contrarrestar al invierno con la calefacción de los brandys añejos y de los poemas de mosto sensible.

Nombres nuevos están circulando, entre la prueba del entususiasmo o la lima de la crítica, para borrarse o perfilarse después. Y como en todo devenir, si la negación es el reloj madrugador del gallo, entre los olvidos y las revaloraciones, como decía Rubén, la caravana pasa.

Antonio Machado está en la época de las ediciones exhaustivas y entre los documentos que se acopian para la biografía que nunca acaba por ser completa, se han encontrado nuevos papeles de sus Cartas a Guiomar.

En este mes de diciembre salen de las prensas de Afrodisio Aguado los tomos del dietario de D. Miguel de Unamuno, notas poéticas que dirán tanto de su historia íntima y de su corazón remecido por las fuerzas que parecerían desiguales de la cólera y la ternura.

Por sobre el nombre de otros poetas y escritores, sin que busquemos jerarquías ni clasificaciones, han caído sombras de olvido. Este es el caso, por ejemplo, de Emilio Carrere. Hemos visto en la galería de Alfonso —el fotógrafo de los reyes, de los escritores y de los toreros— el último retrato del poeta de afinidades verlenianas a quien enterraron sus amigos en una fría tarde del 48, mientras se congelaba la fuente del Retiro, bajo el solemne corcel de Alfonso XII. Allí está Carrere, ya sin sus bigotes de mosquetero ni el chambergo habitual. Rasurado como un abate y los ojos menos curiosos bajo la blación de las cejas. Pero Carrere volverá en algún día no sólo a las Antologías históricas, sino también a los libros de las estampas madrileñas, a los de las evocaciones que no pueden desvanecerse, de una edad a la que se acercó el poeta de La Musa del Arroyo con un sentido popular de auscultación y de conocimiento.

Nuevos valores pasan ya, algunos destinados a difusión universal, mientras la Cibeles, en su coche halado por los esbeltos leones de piedra, no duerme frente a la "Catedral de la Posta".

Al tiempo que D. Ramón Menéndez y Pidal, —que pasta benevolente y humana de humanista— agota el examen del Romancero y Casares mantiene la lámpara académica que limpia y fija y García Sanchiz continúa puliendo en el aire su conversación varia y conexa, se dice que Federico García Lorca un poco ha pasado. . . Es que el gran poeta viaja por uno de esos limbos transitorios que han debido conocer todos los que están destinados a servirnos de perenne compañía y cuya voz no puede llegar jamás a la finitud.

Augusto ARIAS.

Madrid, 1950.
(Especial para EL DIA).



La Gran Vía, donde están los principales cafés literarios.



"La niebla, espesa y fría, empañaba la silueta de París".



"Los BOUQUINISTES del Sena mantenían su público paciente y curioso, a pesar de la temperatura".

UN FIN DE AÑO EN PARIS

(RECUERDOS DE VIAJE)

AQUEL diciembre fué muy frío; sufrimos durante varios días una temperatura casi invariable de 8º bajo cero; pero no nevó. Las calles se habían cubierto de una delgada capa de hielo que nos hacía resbalar en nuestras meticulosas caminatas, los vidrios habían perdido su transparencia, los estanques y las fuentes de Luxemburgo y de las Tullerías se habían solidificado; el gran espejo de agua de Versailles cercano servía como pista de patinaje; los techos, los árboles, los alfeizares de las ventanas blanqueaban, y el *zoo* de Vincennes parecía un *"nacimiento"* de juguete para gigantes incalculables; pero no nevaba. Apenas si la tarde de nochebuena el aire se puso extraño, tomando la atmósfera un sutil color rosado; pero el presagio pasó como tenue *"londue"*. Comprendimos el valor de los chocolates y de las castañas asadas; comprábamos éstas en cualquiera de los tenderetes que había por todas partes y las metíamos en los bolsillos de los abrigos, para calentarnos las manos mientras caminábamos entre el gentío de las calles y las avenidas. Descubrimos, además que las papas fritas —¿a quién no le gustan las papas fritas?— no son solamente un plato de acompañamiento en la comida casera; se vendían en la calle, recién hechas, en olorosa margarina. De esa manera pasaban a la categoría que les corresponde: de golosina o capricho. Y sentaban bien, con aquel frío, invitando al vino, si se las había espolvoreado eficientemente con sal. Incluso llegamos a discriminar, que las mejores se vendían en el Boul' Mich', a la altura del *Dupont Latin* y en la Place Pigalle.

Paris adquirió, por esas fechas, una brillante vida callejera; no solo por el aluvión de gentes con paquetes que se veían por las calles —pues allí, como aquí, y en todas partes, el placer del regalo impulsa al correteo— sino también por las tiendecillas con mercachifles y atracciones de feria que surgieron en los bulevares. Allí se vendían golosinas, libros de lance, adornos para el clásico árbol, regalos de ocasión y de mal gusto, cualquier clase de aparatos para hacer ruido, y sobre todo, bromas de todo calibre: desde la cuchara que se funde al meterse en el caldo caliente, a los diplomas de *"cocu"*; desde los metros del amor a los inocentes caramelos con sorpresa. Con esto, abundaban los tiros al blanco, las loterías, los juegos de ingenio, las "adivinadoras" y los aparatos mecánicos de diversión. Los escaparates de las casas de comercio relucían con sus más tentadoras ofertas y las grandes tiendas habían debido organizar colas para que el público pudiera deleitarse con el aderezo fantástico de sus vidrieras. Paris vivía intensamente, al exterior —lo que es extraño allí— sin alharacas ni gritos destemplados. Y esto daba una audaz incitación a la fiesta. Pero las verdaderas fiestas —nochebuena y fin de año— iban a ser íntimas; el bullicio seguiría mantenido por nosotros, los extranjeros; el parisiense quedaría en casa, según la tradición, festejando en familia los acontecimientos.

Posiblemente fuera una impresión falsa, pero a mí me parecía notar una leve melancolía flotando en aquél aire frío, que olía a cande, a castañas y a papas fritas. Tenía



"Las calles y los puentes se habían cubierto de una delgada capa de hielo".

presente en el recuerdo la posición espiritual de los parisienses con los que había hablado un poco extensamente (y no eran muchos, pues esto no es fácil); esa seguridad de la derrota inútil, que había quedado como saldo de la guerra. *¿Para qué hacer? ¿Para qué programar? Vendrá una nueva guerra y nos cogerá en medio. Todo es inútil.* Yo me explicaría así, por esos motivos que generalizaba gratuitamente, la apatía egoísta y el interés desembozado, tónica general de las gentes, que me había fastidiado desde un principio. Y me dió también motivo para admitir, sin análisis cuidado, que la melancolía acompañaba a la fiesta y que así, París romántico acentuaba su condición permanente. Quizá, además, la melancolía era nuestra pues, por primera vez, íbamos a buscar, lejos de nuestra casa, la calidez necesaria a las fechas señaladas del fin de año.

Nos reunimos varios uruguayos en "Chez Rosalie", un figón de Observatoire sin pretensiones y allí comimos el típico *"boudin blanc"*, la pavita con castañas y el pastel de ciruelas, menú clásico con el que Messié Raymonde demostró que en su casa también se sabía cocinar para las grandes ocasiones. Luego nos fuimos a Notre Dame. Estaba iluminada por potentes reflectores que doraban su página —negra, gris y plata— y el conjunto se reflejaba en el Sena dando así, imprecisión a la rica mole de piedra. Nueva cola para el acceso, que claro está, era pago; y luego pasmados y todo por la brillantez del interior de misteriosas luces de color, hubimos de escapar de la grosera muchedumbre que protestaba, daba codazos se subía a los bancos y a las basas de las columnas, se movía entre murmullos destemplados y quitaba, en suma el misterio de los sonidos del órgano y de los cantos corales. El mundo no es tan grande; por lo menos en todas partes se cuecen habas, aunque no en todas partes se sepa hacer el puré de castañas.

La noche de fin de año tuvo variantes más recocijados. No conseguimos —creo que por fortuna— un lugar que siendo de relumbrón estuviera al alcance de nuestros magros bolsillos, para el *"reveillon"*; por eso justificamos el sentirnos felices al violar disposiciones hoteleras, y en un cuarto piso no muy aparente de la *Rue Beaunniere*, en *Porte d'Orleans*, preparamos y dimos fin a una cena casi criolla, bien regada con champagne helado, heladísimo, al sereno; bastó con dejarlo unas horas fuera, en el balcón, metido en agua que, en el momento preciso era duro hielo.

Algo alegres y bien confortados, nos fuimos hasta el barrio latino. Se acercaba la medianoche y para entrar al *"Caveaux des cublìettes"* también tuvimos que hacer cola en la fría y desolada noche. Era un viejo sótano, de larga y reconfortante prosapia histórica, donde se cantaban viejas canciones populares francesas, frente a buenas copas de coñag. El ambiente tenía un cierto misterio evocativo, una calidez extraña y profundamente romántica. Llegamos a tiempo al interior; en cuanto nos hubieron servido el licor se anunció la entrada del año. Regocijo. Del rincón más alejado de la penumbrosa sala nos llegaron voces en español: "Feliz Año Nuevo". Contestamos de inmediato y nos reunimos en seguida con las dos parejas centroamericanas, desconocidas hasta ese momento que nos habían hecho llegar un augurio inesperado en aquel rincón nostálgico. Gente joven, de sangre caliente por el alcohol, el recuerdo y la cercanía, fueron nuestros amigos para esas horas que siguieron. Un desborde de circunstancias felices nos llevó, a poco, muy lejos del tono de unción religiosa que adquirió el lugar una vez terminado el brindis colectivo. Nos resultaba incomprensible, después del alegre chisporroteo del *"bon annéé"* coreado en varios idiomas, que la concurrencia se dispusiera al recogimiento, en ánimo de escuchar como entendidos en exquisitces folklóricas, algunas canciones de la época de Napoleón. El guatemalteco gritaba, indignado:

—¡Estos caballeros me enferman! ¡Son demasiado correctos!

Y el puertorriqueño agregaba, siempre en español:

—¡Suecos! ¡Son turista ssuecos!

Como reacción, gritamos a voz en cuello —que aquello no fué cantar— "La Paloma", de Yradier, hasta apagar la voz algo quebrada que lloraba una melodía melancólica del siglo XVIII. Los "suecos" se indignaron y hubimos de hacer una retirada digna.

La calle estaba desierta y fría; nada daba señales de acompañar la euforia de un grupo de americanos que el azar había reunido en un sótano de piedra para turistas serios y reposados. Fuera de ambiente hasta ese momento, comprendimos que a aquella hora de la madrugada, no había en París sino un sitio que pudiera servir a los propósitos de regocijo que nos animaban; el lugar donde cualquier cosa es posible y todo está bien a cualquier hora: Montmartre.

Aunque era bastante tarde, aún alcanzamos el último *"metro"*, que nos iba a dejar en Denfert, Rochereau.

El vagón estaba extrañamente raleado y nadie nos impidió seguir rompiendo consignas públicas; por primera vez, un público de subterráneo se iba a extrañar de algo que pasaba a su vera; claro que iba a mantener una expectativa indiferente. Las caras soñolientas nos miraban cantar el *"Ay, ay, ay!"* y el *"Pañuelito blanco"* —que nos eran comunes— y en el gesto comprensivo de la observación se traslucía una cierta admisión insultante de borrachera, lo que no era cierto. Afortunadamente no entendieron nada de lo que les dijimos, escudados en nuestro idioma, que sigue siendo una de las lenguas más extrañas al francés, cualquiera sea su categoría social.



"Versailles cercano parecía nevado".



"Los osos del BOIS DE BOULOGNE se sentían felices".

El grave problema fué la vuelta de Montmartre. Habíamos intervenido, con buen humor, en cuanta atracción callejera —y mecánica, por supuesto— se nos había brindado. Desgraciadamente, el *"Tabarin"*, el *"Eve"*, el *"Lido"* y todos los otros cabarets famosos desbordaban de gente, de humo y de gritos destemplados. Descansamos en el *"Chat Noir"*, riendo con las ocurrencias bastante saladas del animador y cantando a voz en cuello los estribillos intencionados de algunas canciones bulevarderas. Pero a las tres y media de la mañana llovía blandamente y ningún taximetrista admitió la idea de llevarnos a casa, ubicada en el otro extremo de París. Era muy lejos; había problemas de combustible y ninguna conveniencia en alejarse de Montmartre. Las más tentadoras ofertas —y consta que fuimos espléndidos en la promesa— dejaron impertérritos a los representantes del gremio más antipático de toda Francia. Consecuencia: bajo la lluvia, en el frío y la desolación de la ciudad adormecida, marchamos durante dos interminables horas. Nuestro cansancio infinito halló un alto saludable en el *"Dupont Latin"*. El mal café nos supo bien; y la observación de la extraña concurrencia —sucia, joven, de ojos entrecerrados, a la manera "existencialista"— palió en algo nuestra desgracia que ya no nos pareció tanta. Pudimos hacer recuento de la experiencia menuda de los sinsabores y las alegrías de aquel primer fin de año frío que nos había tocado en suerte en la ciudad embrujadora. Buen principio de año cuyo augurio deambulatorio, con malestares y alegrías, esto es: sin indiferencia, aspiramos a que se cumpliera.



"La sombra de la Torre Eiffel paseaba como la aguja de un reloj sobre la ciudad, al leve resplandor del sol invernal".

(Especial para EL DIA)
Fernando GARCIA ESTEBAN



Fragmento de la estatua yacente de la madre de Bolívar.



Los Grandes Amores de Bolivar

El Proyecto de Sepulcro de los Padres y la Esposa del Libertador

"LA libertad del mundo está pendiente de la salud de América".

Esto dijo Bolívar poco antes de Ayacucho, cuando iba a jugarse en la batalla la suerte de muchos pueblos. De alzarse de su mausoleo de gloria el héroe volvería á repetir esa frase, nunca más expresiva que en esta encrucijada de la humanidad.

Porque vivimos un momento dramático; es decir, histórico. Y para el porvenir de occidente es la actual una etapa decisiva de la libertad, una hora singularmente bolivariana

✦

Esto pensamos ante la última carta que nos envía el dilecto amigo y famoso escultor don Victorio Macho, cuyo temperamento de artista fuerte y original contrasta con las escuelas que, en el arte como en las formas de vivir, pretenden arrastrar el espíritu de nuestra cultura hacia los extremos de la decadencia y el caos. Por eso nos place martillar sobre el mismo yunque, seguros de la utilidad de sus resonancias, a la vez que gustosos de complacer el ansia de los muchos admiradores del gran plástico español con respecto a la última de sus concepciones: el monumento funerario a lo padres y la esposa de Simón Bolívar, el numen de la libertad de América.

Al acompañarnos las ilustraciones de su obra, nos dice Macho: "la siento en carne y espíritu *vivos*, puesto que la concebí a raíz de la muerte de mi madre y de mi hermana. Vea usted porque está plena de sentimiento".

La prestigiosa Sociedad Bolivariana de Venezuela que rigen en la presidencia y secretaría respectivamente, los talentosos historiadores don Cristóbal L. Mendoza y don Elías Pérez Sosa, bajo la égida honoraria del ilustre bolivariano de renombre continental don Vicente Lecuna, acaba de celebrar el contrato que legaliza la realización de esta obra, suceso espectable por la calidad del autor, pero trascendental históricamente por tratarse del cumplimiento de la voluntad del propio Bolívar, quien, al año siguiente de convocar el primer congreso americano de Panamá y antes de abandonar su tierra natal, Venezuela, para ir a morir enfermo del cuerpo y el alma a un extremo de Colombia, expresó al Cabildo de Caracas su anhelo de erigir en el recinto de la catedral, donde reposan los restos de sus seres más amados, el monumento que perpetúe y honre sus venerables memorias.

Resulta oportuno y necesario, entonces, evocar en ligeras palabras a quienes fueron los más grandes amores del prometeo libertador de un continente, y sobre todo adalid de su unión, ya que a ellos debemos la aparición y aun el rumbo de su genio, a cuyas inspiraciones será preciso volver en los dramáticos momentos en que peligre la libertad en el mundo y la fraternidad en América.

✦

Los Bolívar son de antigua ascendencia vasca y el patronímico significa, en euscaro, "pradera del molino". El padre del héroe fué el coronel don Juan Vicente Bolívar y Ponte, Procurador y Alcalde de Caracas, heredero de rico patrimonio y señor de grandes extensiones de tierras que iban del lago de Valencia a la orilla del río Apure. La madre que engendró al campeón de quinientos combates y batallas por la suerte de un Nuevo Mundo, se llamó doña Concepción Palacios y Blanco, casada a los quince años apenas con don Juan Vicente, tres veces mayor que ella. Tuvieron cuatro hijos, en este orden: María Antonia, Juana Nepomucena, Juan Vicente y Simón, venido éste al mundo en la noche del 24 al 25 de julio de 1783.

Simón perdió a su padre cuando no había cumplido tres años. Y a la edad de nueve falleció la madre. Tan prematura orfandad creó en su alma una inmensa sed de ternura, que apenas pudo saciar con el amor de las muchedumbres redimidas, un desprendimiento inaudito de su propia dicha en beneficio de la suerte de los pueblos y el ansia de una vida menos efímera que conducía al ensueño de la gloria inmortal. Y esa triple expresión de su nunca colmado vacío sentimental procuró atenuarlo en su dorada adolescencia en Europa, con el cariño de una novia, con la prodigalidad de su fortuna y con su admiración a un Bonaparte todavía no mancillado por la locura de la conquista y el imperio.

Así se enamoró ardientemente de María Teresa cuando apenas contaba él diez y siete años. Y la joven, llena de virtudes y encantos, prometía ocupar en su existencia el espacio de soledad que tan pronto y tan hondamente le dejara su madre

✦

Siempre vivo mantendrá Bolívar el recuerdo de su madre. Y eso le consolará en el sufrimiento, que irá creciendo con los revuelos de su gloria militar y política.

Los anales conservan muchos y admirables testimonios de este amor. Hay uno singular. Es el momento en que retorna por última vez a Caracas cargado de laureles y decepciones. Sus parientes se le aproximan henchidos del orgullo de su renombre universal. Uno de ellos había adquirido la casa en que abrió los ojos a la luz el vencedor insuperado de Boyacá, Carabobo y Junín, e invitó al Libertador a que leyese en sus muros las frases memorables de una placa conmemorativa. Entre los rostros amados estaba el de la negra Hipolita, la que le dió la leche de sus senos. Por ahí vagaban las sombras de sus genitores y palpitaban las evocaciones infantiles. Ante la ansiedad de todos el héroe de los héroes rompió a hablar. Oid lo que dijo y lo que no pudo decir:

"Hermanos y amigos. ¡Con cuánto gozo me encuentro, como resucitado, en medio de vosotros! ¡Cuantos recuerdos se aglomeran en este instante sobre mi mente! Mi madre, mi buena madre, sale de la tumba y me ofrece sus brazos abiertos. Todos mis tíos, todos mis hermanos, mi abuelo, mi más tierna niñez, mis juegos infantiles, la confirmacion y mi padrino con los regalos que me daba cuando era inocente, todo viene en tropel a excitar mis primeras emociones, la efusión de una sensibilidad deliciosa. Todo lo que tengo de humano se remueve en mí: llamo humano lo que está más cerca en la naturaleza... ¿Dónde están nuestros padres, dónde nuestros hermanos? ¿Dónde está Caracas?... Habéis sufrido mucho, pero os queda la gloria de haber sido fieles a vuestro deber. Nuestra familia se ha mostrado digna de pertenecernos y su sangre se ha vengado por uno de sus miembros. Yo he tenido esa fortuna... Yo los he representado a presencia de los hombres; yo los representaré a presencia de la posteridad... Mi madre..."

Un nudo le apretó la garganta. Salió al patio, en medio de un silencio de plomo. Nadie se atrevió a seguirlo. De seguro que bajo las ramas del viejo granado tutelar le contemplaban las sombras de sus padres y su esposa, compadecidas de "la expiación de su grandeza".

✦



Capilla en la catedral de Caracas, tal como quedará con el sepulcro de los padres y la esposa de Bolívar, obra del escultor Victorio Macho.



Figuras yacentes del sepulcro de los padres y la esposa de Bolívar.



Fragmento de la estatua yacente del padre de Bolívar.

María Teresa tenía diez y nueve años cuando la conoció Bolívar en Madrid, delicada flor perfumando simpatía. Era hija de don Bernardo Rodríguez del Toro y doña Benita de Ayalas y Medrano. Se enamoró de ella con todo el fuego de su índole apasionada. Así se expresa el aguilucho de su deseo de casarse, en carta a su tío Pedro, a la sazón en Cádiz:

"No ignora usted que poseo un mayorazgo bastante cuantioso, con la precisa condición que he de estar establecido en Caracas, y que a falta mía pase a mis hijos, por lo que, atendiendo al aumento de mis bienes para mi familia y *por haberme apasionado de una señorita de las más bellas circunstancias y recomendables prendas, como es mi señora doña Teresa Toro*, hija de un paisano y aun pariente, he determinado contraer alianza con dicha señorita para evitar la falta que puedo causar si fallezco sin sucesión; pues haciendo tan justa liga querrá Dios darme *algún hijo*..."

Recalcamos su pasión por Teresa y su anhelo de paternidad. Ambos sentimientos, los más naturales del hombre, se verán frustrados. Quedará viudo a los diez y nueve años y no volverá a casarse. Y así perdida la esperanza del hijo, encontrará un día a un joven tan digno de serlo, que se proclamará su padre. Ese hijo extraordinario es Sucre, que morirá asesinado.

Volvamos al idilio. El 26 de mayo de 1802 se desposan Simón y Teresa y regresan a Caracas, instalándose en sus posesiones de San Mateo. Dice O'Leary en sus Memorias: "En años posteriores gustaba Bolívar recordar este período de su vida, que consideraba *el único* verdaderamente feliz y tranquilo que había tenido en su agitada existencia".

¡Oh fatalidad de los grandes libertadores de América! Como en los casos de Artigas y San Martín, quienes tempranamente perdieron a sus esposas, María Teresa muere de fiebre el 22 de enero de 1803 ¡a los ocho meses apenas del himeneo! En sus penosas cavilaciones dirá Bolívar al general Mosquera, con las grandes palabras naturales: "Yo contemplaba a mi mujer como una encarnación del Ser que le dió la vida: el cielo creyó que le pertenecía y me la arrebató, porque no era creada para la tierra".

✦

¿Y aquella ansia de un hijo?

Como se sabe, muchas amantes deleitaron sus inagotables sentidos, entre batalla y batalla, ocupando su ardiente imaginación hasta la hora de morir: Fanny du Villars, Manuela Saenz... ¡tántas!

Pero sólo María Teresa debió haber sido la madre de su hijo, pura y perfecta como su propia madre.

Expresa Lacroix en el famoso "Diario de Bucaramanga" que en opinión de Bolívar, de haber vivido María Teresa, él pudiera haber "muerto en el pellejo de un simple alcalde de San Mateo".

Vale decir que la infelicidad de Bolívar fué destino propicio a la felicidad de todo un continente. En adelante será el esposo de la Libertad de América y el padre espiritual "del inmaculado Sucre".

✦

Sucre contaba solamente veintiocho años cuando Bolívar lo hizo General en Jefe, puso en sus manos la flor de sus ejércitos, en su frente la corona de Ayacucho y bajo sus plantas el amado solio de la República de Bolivia. Dijo Martí: "Cuando la naturaleza escribe Grandeza escribe también: Ternura". Eso para Bolívar. También para él la frase de Livio: "Cuanto mayor es la gloria, mayor es la envidia". Y Sucre, el verdadero Santo de América, era uno de los pocos generales que no envidiaban los laureles del más grande soldado de todos los tiempos.

En Quito, luego de haber emancipado a los pueblos desde el Orinoco al Potosí, en la inmensa soledad de su gloria, en la sima de su infortunio, Bolívar lloró en los brazos de Sucre. No había otros para recoger esas lágrimas del Genio. Y cuando asesinaron al joven mariscal el Libertador exclamó desesperado: "la mira de este crimen ha sido privar a la patria de un sucesor mío". Antes le había asegurado: "Acuérdese usted que tiene un padre vivo, que se alegrará siempre de la gloria de su hijo".

✦

Helos aquí, mortales, los más grandes y más puros amores de Bolívar. Allá el Padre y la Madre. Ahí la Esposa. Acá, el Hijo. Y la Patria América cobijándolos a todos, como una catedral de la esperanza.

✦

Ahora sí, podemos contemplar con ojos comprensivos la trascendencia de la obra de Victorio Macho. El, hijo de España la Grande, la salvada de todas las muertes, la que llamamos con lo más puro del corazón "Madre de América", es el artista signado para crear los tres grandes monumentos bolivarianos: primero, el del Genio de Bolívar —del que nos ocupamos una vez—; ahora, el de los Padres y la Esposa del Libertador. Plasmará, mañana, el de Sucre, tomado en el instante en que escribe a Bolívar, en medio de los trofeos y la hecatombe de la batalla que selló la libertad del Nuevo Mundo, el parte de la Victoria de Ayacucho. Eso auguramos.

Escuchad cómo el propio escultor describe su obra:

"Un severo túmulo de granito con tres marmóreas estatuas yacentes: la de la bien aventurada mujer que dió un hijo inmortal; sobre su vientre una corona de laurel, las manos entreabiertas como si ofrendaran al Genio. El padre con gesto imponente, orgulloso de su misión; la espada convertida en cruz sobre su pecho, el rostro bolivariano. La joven esposa tal que una Dulcinea sumergida en un ensueño perdurable, con las manos dormidas sobre el seno que dejó de respirar en su momento promisorio. Y cual una llama tremante que abrazara, removiera y sensibilizara el silencio augusto de la fúnebre escena, aparece la forma fantástica del Espíritu de Bolívar, representada en un bronce de tonalidades livianas, uniéndose a la composición como un acorde patético".

Pronto, entonces, los amores del Libertador, desde la inanidad de sus cenizas, van a revivir en el prodigio de la obra de arte.

He aquí un símbolo.

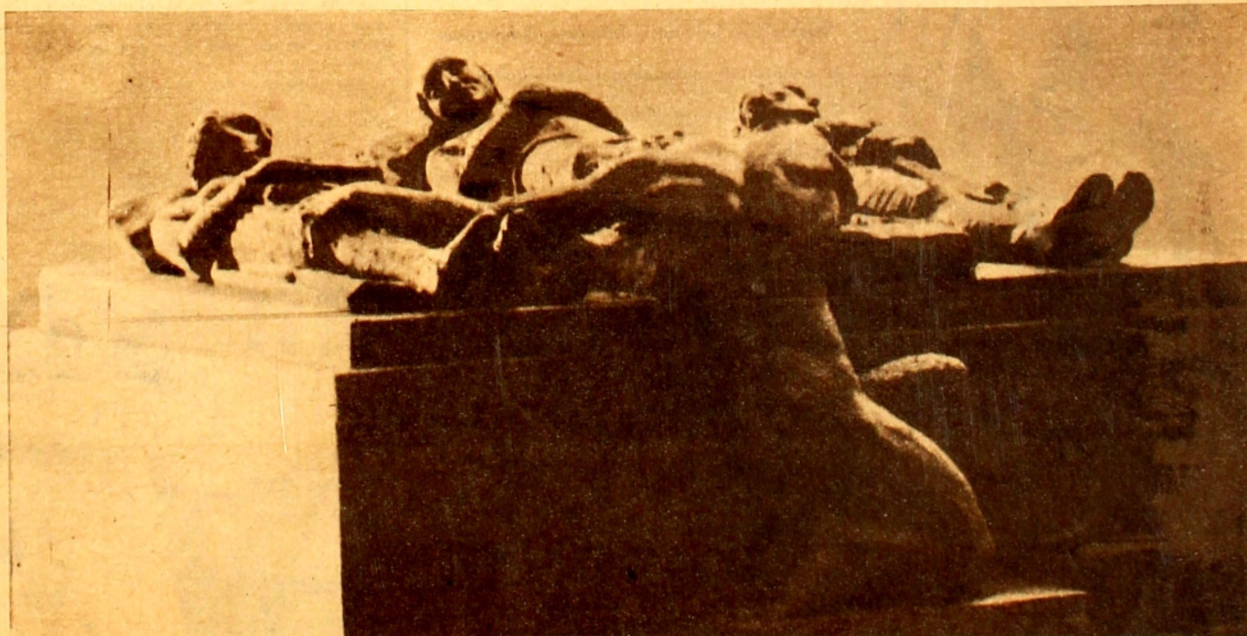
Huérfanos de libertad y justicia, en la viudez de su alegría creadora, muchos pueblos ansían hoy que otro genio de la espada emancipadora, como allá la del buril olímpico, los reanime en su quietud de la muerte.

Es un momento trágico y por ende de inmensas cosas. No interesan, pues, las orfebrerías minúsculas de los coroplastes, sino que las circunstancias exigen el cincelado heroico, colosal de un Macho, el solo digno de despertar a los que yacen con las palpitaciones eternas de la verdad y la vida.

En una concepción vastísima se infunden nuestras esperanzas, para que vibren en expresiones de perennidad todos los grandes amores de Bolívar, bajo el dombo de la luz, preparando una era del Espíritu, en el Tercer Milenio que ya asoma...

Edgardo Ubaldo GENTA.

(Especial para EL DIA).



Conjunto del proyecto de sepulcro de los padres y la esposa del Libertador, con destino a la catedral de Caracas.



Panorama de Senigallia.

UNA FAMOSA FERIA EN UNA FAMOSA ÇIUDAD

"Se tu riguardi Luni ed Urbisaglia
"Come son ite, e come se ne vanno
"Di retro ad esee, Chiusi e Sinigaglia,
"Udrai como le schiatte si dis'anno:
"Non ti parrá cosa nuova né forte
"Pensa che le cittadi término hanno".
DANTE. *"Divina Commedia".*

SENIGALLIA, o Sinigaglia como sostienen otros, es de orígenes muy remotos sin que los historiadores estén de acuerdo sobre ellos, pudiendo fiarnos de los testimonios de Polibio, de Silvio Itálico, y de Lucano, quienes afirman que la fundaron los Galli Senoni, en el año 381 antes de la fundación de Roma. Los Galli Senoni habían atravesado por segunda vez los Alpes Cozie, penetrando en Italia por la región del Adriático, valle soleado y rico en vegetación en el que sin embargo no se establecieron hasta la época en que empezaron a construir la ciudad que había de ser capital y centro de su extendido dominio. El respectivo Estado se encontraba entonces en los confines del Piceno, de la antigua Italia, y la nueva ciudad fué llamada Sena (Siena) y después Sena Gallica, como aparece en innúmeras inscripciones. De los Galli Senoni cayó en manos de los romanos que transformaron su espíritu y costumbres en romanas, teniendo desde ese momento los privilegios de Roma, siendo grandísima su importancia durante la República.

Después su historia se ensombreció por una serie ininterrumpida de guerras civiles, arruinándola las rivalidades entre los Cónsules, sufriendo saqueos, destrucciones y revoluciones en número incalculable, sucesivamente dominada por príncipes regentes hasta que en 1200 quedó bajo el papado gobernada por el Conde Sergio quien, al casarse con la hija del príncipe Marsiglia obtuvo la donación hecha a la ciudad de reliquias de santos, instituyendo una fiesta el día 22 de julio de cada año. En ese día concurría a la ciudad desde los más lejanos caseríos una muchedumbre enorme, siendo éste el origen de la famosa feria.

Los gobernadores de la ciudad, viendo el beneficio que se les derivaba de la feria, le acordaron inmunidades y privilegios, en la medida de sus facultades, llegando a ser, poco a poco, una de las más importantes de Europa. Los senigaglienses habían ido adquiriendo una dolorosa experiencia durante los dos siglos en que pasaban de un dominio a otro, por lo que favorecieron los deseos del papa Pablo II que abolió las jurisdicciones feudales y puso la ciudad bajo su tutela, firmando un contrato en el que figuraba entre otras cláusulas esta: "Puesto que es costumbre que en nuestra ciudad se realice una feria ocho días antes y ocho días después de la fiesta de S. María Magdalena, se pide poderla realizar en paz y seguridad, dejándole llegar toda clase de mercancías sin pago de tributo alguno, derechos ni gabelas...". Los papas que le sucedieron fueron cumplidores escrupulosos del antiguo pacto, confirmándolo puede decirse que año tras año, aumentando los privilegios por medio de bula, y contribuyendo para las construcciones del puerto que daban seguridad y comodidad al tráfico comercial.

✦

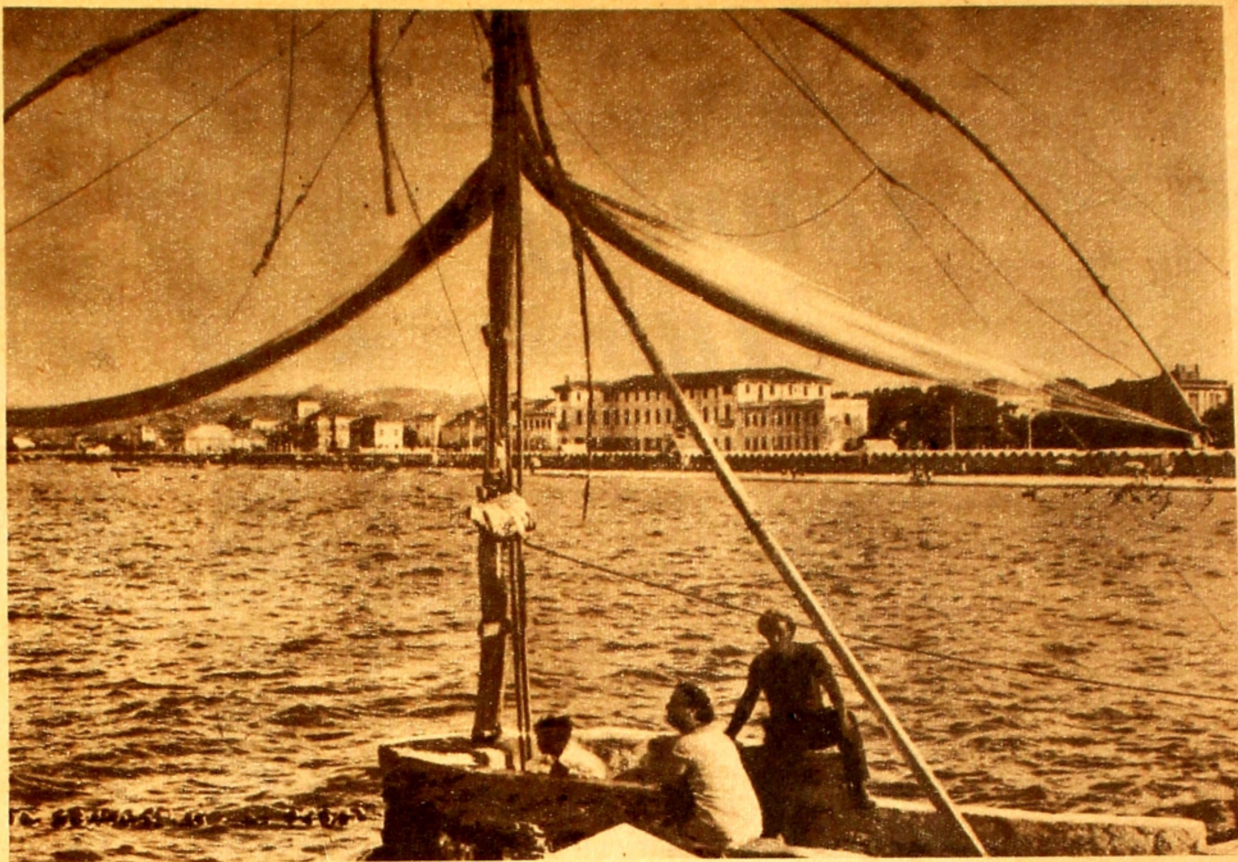
Quien quisiera dar una idea de la feria en esa época de Benedetto XIV, (en el año 1744), esto es, en el momento de su mayor auge, debía entrar en ella por la puerta Lambertina o puerta Fano. La calle que de allí lleva al Corso, —que es la arteria principal—, y todas las calles adyacentes, que son las que ahora constituyen el suburbio llamado del Puerto, estaban ocupadas por mercaderes griegos que fueron famosos por su avaricia y por su sordidez. Ellos eran los primeros en llegar a Senigallia; después, de la otra orilla del Adriático, llegaban los albaneses, que no eran pocos. También eran numerosos los turcos que llevaban mercaderías orientales, "finísimas, rarísimas y preciosísimas". Otros llegaban de España, de Holanda, de Austria, de Inglaterra, y por lo general ocupaban el mismo lugar en la feria donde se habían instalado el año anterior. Los griegos tenían a su disposición casi toda una manzana, los turcos ocupaban una sola calle, los austriacos tres calles pa-



Puente Nuevo y Puerta Lambertina.

ralelas, y los españoles alguna callejuela. La ciudad tomaba en esos días un aspecto de fiesta, desbordando de tenderetes todas las calles, grandes secundarias, y aún en nuestros días puede verse todavía en los antiguos palacios los garfios de hierro que servían para asegurar las toldas. Los mercaderes exponían sus mercaderías en el interior, pero colgaban muestras para atraer a la clientela. Los cronistas de entonces señalan hasta qué punto era deslumbrante el espectáculo de los brocados innumerables, de los objetos de oro, de las ricas telas. Las posadas que se llamaban, —y algunas se siguen llamando todavía— "El león de oro", "La Fortuna", "Posada de la Marina", "Posada del Turco", "Posada de la Platería", etc., eran alojamientos espaciosos y existían en número incalculable. La ciudad no tenía, por lo demás, y durante el resto del año, ninguna otra industria ni medio de vida particular. Los beneficios que le procuraba el tráfico durante la feria le bastaban.

De los más lejanos países llegaban conjuntos de comediantes y de cantores, señores de vida fácil, hombres de toda raza, de todo color, y de toda clase. El hecho de que no se tuviera que pagar derechos de entrada, ni derechos de salida, atraía a las gentes más diversas llegadas de lugares lejanos. No faltaban ladrones ni maleantes, y como la policía ya era entonces insuficiente, muchos que habían ganado dinero en la feria acababan siendo robados. Los contrabandistas llegaban de la alta y de la baja Italia, y muchas veces del extranjero, en número incalculable, comprando mercaderías en grandes cantidades para revender las a precios fabulosos. Se dice que muchos "bragozzi" no llegaban a desembarcar, ni instalaban tienda, por haber vendido su cargamento a los traficantes que lo esperaban en alta mar.



La pesca.

Se venía a Senigallia de todas partes, y por todo el mundo se hablaba de la famosa feria. El dicho de "A Senigallia piglia e taglia", todavía muy difundido en Italia central y meridional, significaba que toda adquisición hecha en Senigallia era buena, por ser un buen mercado.

Los senigallienses no vendían, pero compraban para revender. El mejor negocio para los habitantes de la ciudad consistía en esconder la mercadería comprada para revenderla en cualquier otro mercado a precios altos, después de la clausura de la feria franca. Muchísimos se enriquecieron. El puerto, sobre todo rebosaba de embarcaciones, con banderas de todos los colores que llevaban las insignias más diversas. Todas las nacionalidades estaban representadas y mezcladas.

✣

Pero un día la feria franca terminó. Sustituyó al gobierno papal el de la monarquía de Savoya, la franquicia fué abolida, y la ciudad empezó a decaer. En vano el municipio intentó la vuelta de los antiguos privilegios: el gobierno argumentó que siendo Italia toda una, ninguna ciudad podía tener privilegios especiales. Se intentó mantener la igualmente, pero, sin privilegios, ningún mercader volvió a Senigallia, y sólo algunas docenas de barracas se levantaron por unos pocos años, del 22 de julio al 29 de agosto, dando la ilusión de que la feria continuaba. El último toldo que defendía del sol a los visitantes y al mercader, fué la señal de que la feria estaba definitivamente muerta.

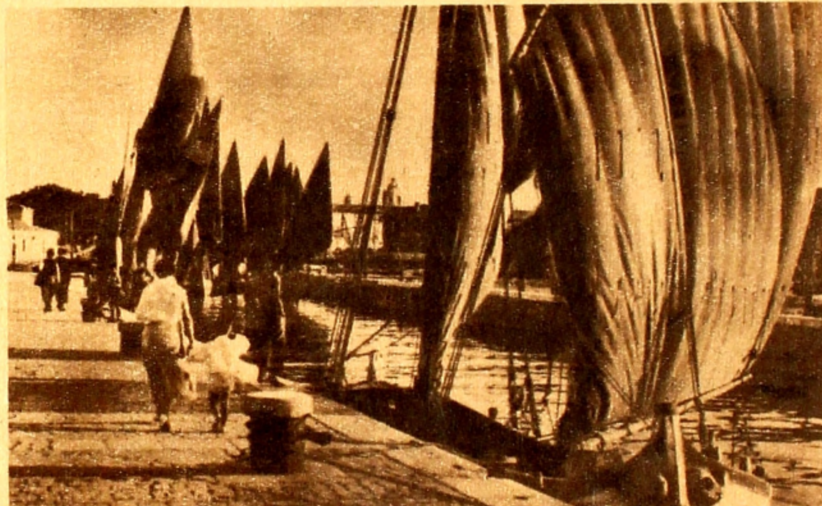
Y Senigallia se convirtió en una ciudad moderna sin ninguna particularidad que la distinga de las otras ciudades vecinas y normales.

Mario PUCCINI.

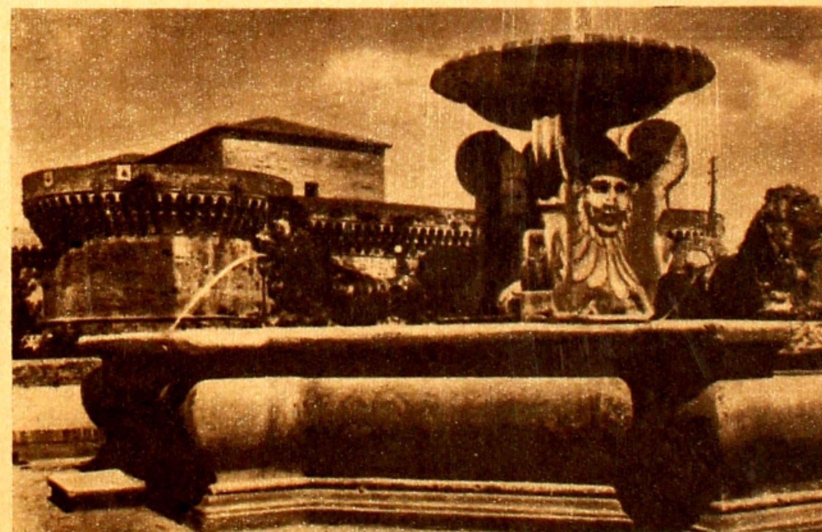
(Senigallia, 1950. Especial para EL DIA. Traducción de E. A.).



Plaza de la Rotonda.



Canal de entrada al puerto.



Fuente de los leones (siglo XIV).



La catedral de Canterbury (Inglaterra) cuenta con uno de los mejores coros infantiles de las Islas Británicas, donde el nivel del canto juvenil es especialmente alto.

VOZ DE NIÑO

POCAS cosas tan emotivas como un coro de niños. Wagner en su "Parsifal", en los momentos de suprema unción y místico estremecimiento expresa musicalmente la idea fundamental del drama por medio de coros infantiles, invisiblemente dispuestos, de tal modo que sus voces parezcan voces angelicales que descienden directamente del cielo.

Todos los niños saben cantar. Lo sostuve en mi libro 'El Niño y la Música", y lo comprobé en innumerables coros infantiles que dirigí. Nada más hermoso que esa frescura de voces llenas de pureza, y sin embargo, capaces de expresar emoción. Pero entre los coros infantiles comunes que existen en todas partes, también aquí en el Uruguay, y aquellos célebres conjuntos que admira el mundo, hay tanta diferencia como entre un buen discípulo del conservatorio y un gran pianista de fama mundial. Para llegar a esta maravillosa perfección hay en realidad un sólo camino, nada misterioso: trabajar. Con reunir el grupo de niños una sola hora por semana puede formarse un conjunto capaz de interpretar cantos de mediana dificultad, con cierta calidad. Pero para llegar a lo que han llegado, digamos, los "Niños Cantores de Viena", el estudio ha de hacerse durante muchas horas al día. Casi hasta se impone la necesidad de una vida en común. Y así es: los Niños Cantores de Viena viven juntos, estudian juntos, ensayan durante horas, todos los días, además de otros estudios musicales que los reunen bajo la dirección de grandes maestros. No es una institución nueva, muy por el contraio, ha cumplido hace poco sus cuatro siglos y medio de existencia. 450 años! Ya cantaban niños cantores en la Capilla Imperial de Viena, antes de que se descubriera el Río de la Plata...

Durante mucho tiempo, los niños solamente cantaban en los oficios religiosos de Palacio. Pero su increíble perfección fué tan admirada que tuvieron que dar conciertos públicos en el castillo imperial. Haydn perteneció a esos famosos coros, y no pocos

Esta imponente masa coral es la de los "Pequeños Cantores de la Cruz de Madera", el más importante conjunto de voces infantiles de Francia. Ha visitado muchos países del mundo, entre ellos los latinoamericanos, dando largas series de conciertos.

VOZ DE ANGEL...

músicos de fama estudiaron siendo niños en la célebre institución. El derrumbe del Imperio austro-húngaro obligó a la nueva República a una total revisión de sus actividades entre las cuales muchos eran de índole espiritual y artística. Así, los "Niños Cantores de Viena" empezaron a recorrer el mundo. El Coro se dividió en cuatro grupos. Dos grupos fueron de viaje por el mundo entero; otro cumplió en Viena sus tareas habituales; y el otro se dedicó a nuevos estudios. Y dada la absoluta homogeneidad de los conjuntos, el sistema se hizo rotativo.

En estos últimos años se ha señalado una fuerte tendencia a aumentar las actividades musicales entre la juventud. Una de las más bellas iniciativas en esta dirección fué, sin duda la fundación de las "Jeunesses Musicales" (Juventudes Musicales), en Bruselas, hace 10 años. Muchos otros países siguieron el ejemplo y crearon, de esta manera, instituciones en las que se hallan reunidos decenas de miles de jóvenes dedicados al culto de la música. Organizan coros, orquestas, conciertos, discotecas, bibliotecas musicales. Hace pocos meses tuve la satisfacción de que en el Uruguay, a iniciativa mía, la "Asociación Popular pro Cultura" resolviera patrocinar a las "Juventudes Musicales Uruguayas", que en breve organizarán sus primeras actividades. Colaboran en este importante movimiento músicos de reconocida reputación como Nilda González Genta, Hugo Balzo, Eric Simón, y muchos otros. Contará, pues, el Uruguay, con numerosos coros infantiles, con audiciones especiales para la juventud, y con una amplia difusión musical que redundará en beneficio del pueblo entero.

Dr. Kurt PAHLEN
(Especial para EL DIA)



Los famosos "Niños Cantores de Viena", de insuperada calidad musical.



En el año 1948, la ciudad suiza de Berna había convocado para un certamen de coros infantiles, después que Viena hubo tomado la misma iniciativa apenas terminada la guerra. Aquí vemos a un Coro Juvenil suizo en la audición final.

CLUB BIGUA DE VILLA BIARRITZ

INSPIRA entusiasmo y reconocimiento la función deportiva social que desarrolla el Club Biguá de Villa Biarritz en hermosa zona del Parque Dr. Juan Zorrilla de San Martín.

Posee un amplio predio, debidamente destinado a los ejerci cios y la belleza, registrándose a diario un loable despliegue d clases, de partidos, lo que configura una actividad altament agradable.

Además de las canchas y otras dependencias propias, el Bigu disfruta de hermosas pistas de tenis, etc., en pleno parque, lo qu da mayor importancia a su obra.

El basketball, la natación, el volleyball, — en especial lo cursos femeninos, — también el tenis, el patín, el hockey, todo *esto alcanza amplia difusión en el Biguá, entidad que destaca* simpática evolución y merece apoyo por su influencia en los núcleos juveniles de una espaciosa localidad, tendida desde Ellauri y 21 de Setiembre hasta la costa.

Ya en la temporada de verano, predominan los deportes del momento, sobre todo la natación, de manera que el Biguá de Villa Biarritz, que en otoño, invierno y primavera aborda otro género de cultura física, se apresta a dar animación a las jornadas próximas de Trouville.

Las recientes expresiones de fin de año, revelaron cómo la institución de Villa Biarritz progresa, en qué forma se ha ido arraigando. Paulatinamente se transforma en un espléndido centro social y deportivo. Hacer conocer su funcionamiento, la alegría de sus filas, el solaz y la esperanza que en ellas flota, significará abrirle mejores destinos.



Núcleo de volleyball y a su vez un cuadro típico en el festival anual.







Otro detalle del movimiento correspondiente a las clases femeninas.



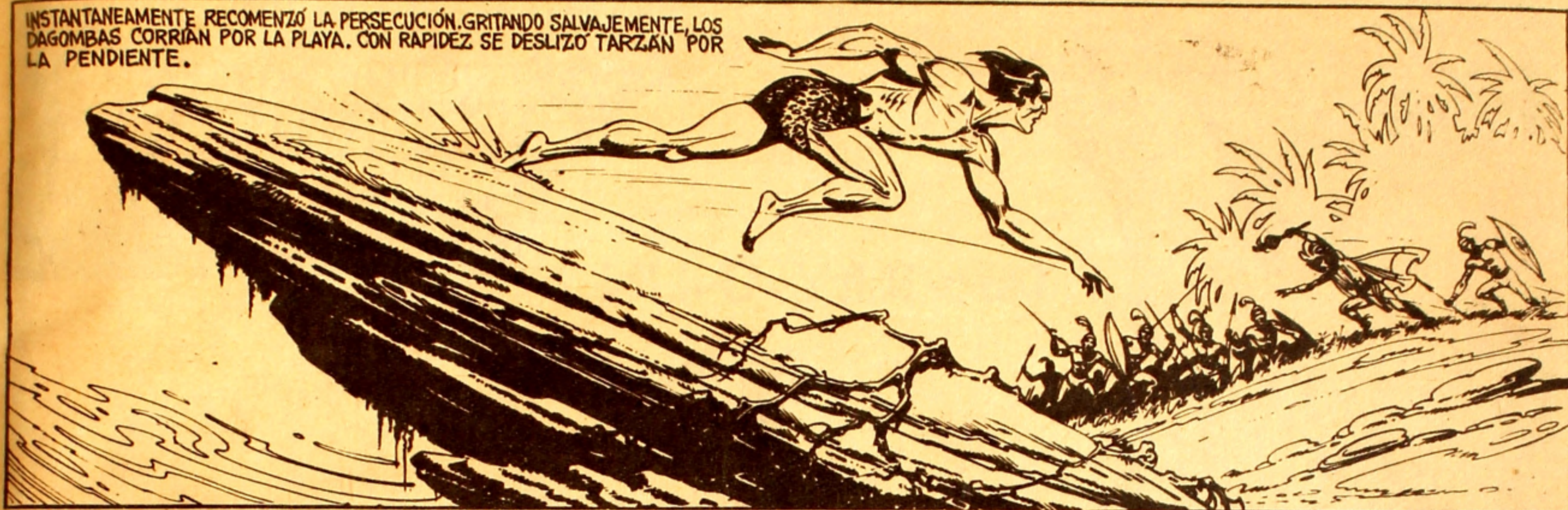
Conjunto general de participantes en el programa de fin de año del Biguá de Villa Biarritz.



Exhibición de la sección deportiva infantil.

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS











Casa Soler NUESTRA OFERTA SEMANAL

SOLER HNOS. S.A.

INAUGURANDO LAS VENTAS DEL NUEVO AÑO

PRODUCIRA SENSACION
POR SUS PRECIOS
SORPRENDENTES



SECCION TEJIDOS

Nueva partida de la famosa

Tela RAY-O-LIN

el gran tropical de rayon en todos los colores de moda a **2.20** el metro

SECCION SEÑORAS



BOMBACHAS

en jersey de seda satinado
Todos los talles y colores a

$1.40 c/u

SECCION NIÑOS

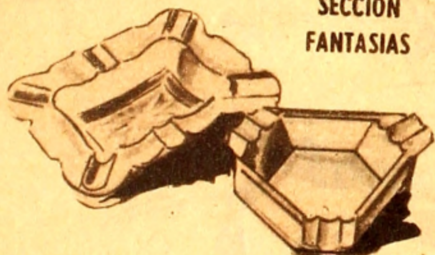


ZOQUETES

de algodón, en color Blanco y Beige, de gran calidad
Talles 10 y 11 a $0.55
8 y 9 0.45
Talles 6 y 7 a

$0.35 el par

SECCION FANTASIAS



Bonitos

CENICEROS

en vidrio prensado, en color Blanco, Verde, Azul y Ambar de $1.10 a

$0.70 c/u

SECCION ARTICULOS PARA EL HOGAR



BAYADERA

especial para colchas y cortinados, gran variedad de gustos y colores ancho, 90 cmts. a

$1.50 el metro

SECCION HOMBRES



BUZOS

manga corta de algodón, combinado en rayas de color a

$1.10 c/u

EN NUESTRAS TRES CASAS

CASA MATRIZ
Av. AGRACIADA 2302
ESQ. M. SOSA

SUC. GOES
Av. Gal. FLORES 2341
Esq. M. BERTHELOT

SUC. CORDON
Av. 18 de JULIO 1601
Esq. CARLOS ROXLO

Compre con comodidad en horas tempranas de la mañana o tarde.

Clientes del Interior:
Hagan con tiempo sus pedidos contra reembolso